

ponderar esas cosas, desengañase y resuélvese; y como conoce bien el valor del tesoro escondido, y de la margarita preciosa que ha hallado, todo lo menosprecia y tiene en poco en su comparacion: *Abit, et vendidit omnia quæ habuit, et emit eam.* Matth. XIII.—

Esta diferencia nos declara Cristo nuestro Señor en el Evangelio, en la historia de aquella mujer que padecía flujo de sangre. Cuentan los sagrados Evangelistas, que yendo el Redentor del mundo á sanar, ó resucitar aquella hija del príncipe de la Sinagoga, iba tanta gente con él, que le apretaban. Vióle pasar una mujer que padecía flujo de sangre doce años habia, y habia gastado toda su hacienda en médicos, y no la habian podido sanar, antes se hallaba peor; y con el deseo que tenia de alcanzar salud, rompe por medio de la gente con grande fe y confianza: *Dicebat enim intra se: Si tetigero tantum vestimentum ejus, salva ero.* Matth. VII. Si tocare tan solamente el ruedo y orla de su vestidura, seré sana. Llega y toca, y luego se secó aquella fuente de sangre que corria. Vuélvese Cristo nuestro Señor, y dice: *Quis me tetigit?* ¿Quién me ha tocado? Dícele san Pedro y los demás discípulos: *Præceptor, turbæ te comprimunt, et affigunt, et dicis: Quis me tetigit?* Luc. VIII. Maestro, estaos apretando tanta gente, y decís: ¿Quién me ha tocado? *Tetigit me aliquis; nam et ego novi virtutem de me exisse:*

No digo eso, dice Cristo nuestro Señor, sino que alguno me ha tocado, no de la manera que la demás gente, sino de otra manera mas particular; porque yo he sentido que ha salido virtud de mí. Ahí está el punto, eso es tocar á Cristo, y eso es lo que él pregunta; que de ese otro tocar á bulto, como el vulgo y la demás gente toca, no hay que hacer caso. Pues en esto está todo el negocio de la meditacion, en tocar á Cristo y sus misterios, de manera que sintamos en nosotros la virtud y fruto de ellos; y para esto importa mucho que vayamos en la meditacion con atencion, rumiando y desmenuzando las cosas muy de espacio. Lo que no se masca, ni amarga ni da sabor: por eso el enfermo se traga la píldora entera, porque no le amargue. Pues por eso tambien no le amarga al pecador el pecado, ni la muerte, ni el juicio, ni el infierno, porque no desmenuza esas cosas, sino trágaselas enteras, tomándolas á bulto y á carga cerrada: y por eso tampoco os da á vos gusto ni sabor el misterio de la Encarnacion, y de la Pasion, y Resurreccion, y de los demás beneficios de Dios; porque no los desmenuzais, ni rumiais, ni ponderais, como debéis. Mascad y desmenuzad el grano de mostaza ó pimienta, y veréis cómo quema, y os hace saltar la lágrima.

## CAPÍTULO X.

*De otros bienes y provechos que hay en la meditacion.*

Otro bien y provecho grande dice santo Tomás (1) que hay en la meditacion, y es que de ella nace la verdadera devocion: cosa tan importante en la vida espiritual, y tan deseada de todos los que caminan por ella. Devocion no es otra cosa sino una prontitud y presteza de la voluntad para todo lo bueno, y así varon devoto es el que está pronto y dispuesto para todo bien; y es doctrina comun de los Santos. Pues dice santo Tomás, que dos causas hay de esta devocion, una extrínseca y principal, que es Dios; otra intrínseca de parte nuestra, que es la meditacion; porque esa voluntad pronta para las cosas de virtud nace de la contemplacion y meditacion del entendimiento; porque esa es la que despues de la gracia de Dios mueve y enciende ese fuego en nuestro corazon: de manera que no está la verdadera devocion ni el fervor de espíritu en la dulzura y gusto sensible que experimentan y sienten algunos en la oracion, sino en tener una voluntad pronta y dispuesta para todas las cosas del servicio de Dios: y esta es la devocion que dura y permanece; que esa otra luego se acaba: porque son unos afectos de

(1) S. Thom. 2, 2, q. 82, art. 3.

devocion sensible, que nace del deseo súbito que uno tiene de alguna cosa apetecible y amable: y muchas veces proviene de complexion natural, de tener una condicion blanda y un corazon tierno, que luego se mueve á sentimiento y lágrimas; y en agotándose esa devocion, se suelen secar los buenos propósitos. Ese es un amor tierno, fundado en gustos y consuelos: mientras dura aquel gusto y devocion, andará uno muy diligente y puntual, amigo de silencio y recogimiento; y en cesando, todo se acaba. Pero los que van fundados en la verdad, por medio de la meditacion y consideracion, convencidos y desengañados con la razon, esos perseveran y duran en la virtud; y aunque les falten los gustos y consuelos, son los mismos que de antes; porque dura la causa, que es la razon que les convenció y movió: ese es amor fuerte y varonil, y en eso se echan de ver los verdaderos siervos de Dios, y los que han aprovechado, no en los gustos y consolaciones. Suelen decir que nuestras pasiones son como unos perrillos que están ladrando, y al tiempo de la consolacion tienen las bocas tapadas; échales Dios á cada uno su pedazo de pan, con que están quietas y no piden nada; pero quitado ese pan de la consolacion, ladra una y ladra otra; y así entonces se ve lo que es cada uno. Comparan tambien los gustos y consolaciones á los bienes

muebles que se gastan presto, y las virtudes sólidas á los bienes raíces que duran y permanecen, y así son de mayor estima.

De aquí nace una cosa que la experimentamos muchas veces, y es digna de consideracion. Vemos algunas personas, que por una parte tienen en la oracion grandes consuelos, y despues en las ocasiones y tentaciones las vemos flacas y aun caidas: y por el contrario vemos otros que padecen grandes sequedades en la oracion, y no saben qué cosa es consuelo ni gusto; y por otra parte los vemos muy fuertes en las tentaciones, y muy léjos de caer. La causa de esto es la que vamos diciendo, que aquellos van fundados en gustos y sentimientos; pero estos otros van fundados en razon, quedan desengañados, convencidos y enterados en la verdad; y con eso duran y perseveran en lo que una vez se persuadieron y resolvieron. Y así uno de los medios que se suele dar para perseverar en los buenos propósitos que tenemos en la oracion, y ponerlos por obra, y muy bueno, es que procure uno de conservar el motivo y la razon que le causó entonces aquel buen propósito y deseo; porque lo que entonces le movió á desearlo, le ayudará despues á conservarlo y ponerlo por obra. Y aun hay mas en esto: que cuando uno se va desengañando y convenciendo de esta manera en la oracion, aunque despues no se le acuerde en particular el medio ó

razon que entonces le movió, en virtud de aquel desengaño y de aquella resolucion que allá tomó, convencido de la verdad y de la razon, queda firme y fuerte para resistir despues á la tentacion, y perseverar en la virtud.

Por esto Gerson estima tanto la meditacion (1), que consultando ¿qué ejercicio seria mas útil y provechoso al religioso que está recogido en su celda, la leccion ó la oracion vocal, ó alguna obra de manos, ó vacar á la meditacion? responde, que salva siempre la obediencia, lo mejor será vacar á la meditacion; y da esta razon: porque aunque con la oracion vocal y con la leccion espiritual sienta por ventura uno de presente mayor devocion y provecho que con la meditacion; mas en quitando el libro de delante, ó en dejando de hablar, se suele acabar tambien aquella devocion: pero la meditacion aprovéchale y dispónale mas para adelante; y por eso dice que es menester que nos acostumbremos á la meditacion, para que aunque falte el ruido de las voces, y aunque falten los libros, la meditacion sea nuestro libro, y así no falte la verdadera devocion.

(1) Gers. part. 2, Alph. 34, litt. M; et de solitudine Ecclesiasticorum, part. 41, Alph. 37, litt. A.

## CAPÍTULO XI.

*Del modo que se ha de tener en la oracion, y el fruto que habemos de sacar de ella.*

*Concalvit cor meum intra me, et in meditatione mea exardescet ignis.* Psalm. xxxviii. En estas palabras nos declara el profeta David el modo que habemos de tener en la oracion, conforme á la explicacion de muchos Doctores y Santos (1), los cuales declaran este lugar del fuego de la caridad y amor de Dios y del prójimo, que con la meditacion de las cosas celestiales se encendia y ardia en el pecho del real Profeta. Mi corazon, dice, cobró calor y se encendió allá dentro. Ese es el efecto de la oracion; pero ¿cómo cobró ese calor? ¿cómo se encendió ese fuego allá dentro en el corazon? ¿Sabeis cómo? Con la meditacion: *Et in meditatione mea exardescet ignis*: ese es el medio y el instrumento para encender ese fuego: de manera que la meditacion, dice san Cirilo Alejandrino, es como el dar con el eslabon en el pederal para que salga fuego. Con el discurso y meditacion del entendimiento habeis de dar golpes en ese pederal duro de vuestro corazon, hasta que se encienda en amor de Dios, y en deseo de la humildad, y de la mortificacion, y de las

(1) Hieron., Ambros., Gregor. lib. 23 Moral. cap. 5, Interlinealis, et alii.

demas virtudes, y no habeis de parar hasta sacar y encender en él este fuego.

Aunque la meditacion es muy buena y necesaria, pero no se nos ha de ir toda la oracion en discursos y consideraciones del entendimiento, ni habemos de parar ahí, porque eso mas seria estudio que oracion; sino todas las meditaciones y consideraciones que tuviéremos las habemos de tomar por medio para despertar y encender en nuestro corazon los afectos y deseos de las virtudes; porque la bondad y santidad de la vida cristiana y religiosa no consiste en los buenos pensamientos é inteligencia de cosas santas, sino en las virtudes sólidas y verdaderas, y especialmente en los actos y operaciones de ellas, en las cuales, como dice santo Tomás (1), está la última perfeccion de la virtud: y así en esa principalmente habemos de insistir ocupándonos en la oracion.

Este se ha de tener por primer principio de esta materia. Aun allá dijo el otro filósofo, y lo trae Gerson (2): *Inquirimus, quid sit virtus, non ut sciamus, sed ut boni efficiamur*: Andamos inquiriendo é investigando qué cosa sea la virtud, no para saber, sino para ser buenos y virtuosos. Aunque es necesaria la aguja para coser, pero no es ella la que cose, sino el

(1) S. Thom. 1, 2, q. 3, art. 2.

(2) Gerson, super Magnific. Alph. 86, litt. D.

hilo: y así muy indiscreto sería el que todo el día gastase en entrar y sacar la aguja sin hilo, porque sería trabajar en vano. Pues esto hacen los que en la oracion todo es entender y meditar, y poco amar. La meditacion ha de ser como la aguja, que entra ella primero; pero para que entre tras ella el hilo del amor y aficion de la voluntad, con la cual nos habemos de unir y juntar con Dios. †

Nuestro Padre san Ignacio nos advierte de esto muy en particular y nos lo repite muchas veces en el libro de los Ejercicios espirituales: despues de haber puesto los puntos que habemos de meditar con algunas buenas consideraciones, dice luego: «Y referirlo he todo á mí para sacar algun fruto.» En eso está el fruto de la oracion, en saber referir y aplicar cada uno á sí y para su propio provecho lo que medita, conforme á lo que ha menester. Dice muy bien el glorioso Bernardo (1): Así como el sol no á todos los que alumbra caliente, así la ciencia y la meditacion, aunque enseña lo que se ha de hacer, no á todos mueve y aficiona á hacer lo que enseña: y una cosa es el tener noticia de muchas riquezas, y otra el poseerlas; y lo que hace ricos, no es tener noticia de las riquezas, sino el poseerlas: así, dice, una cosa es conocer á Dios, y otra temer y amar á Dios: no nos hace verdaderos sábios ni ricos sino el temer y amar á Dios.

(1) Bernard. serm. 23 super Cant.

Traen tambien otra buena comparacion para esto. Así como al que tiene hambre le aprovechará poco poner delante una mesa muy espléndida de muchos y muy buenos manjares, si no come de ellos; así al que tiene oracion le aprovechará poco tener delante de sí una mesa muy rica y abundante de muchas y muy excelentes consideraciones, si no come, aplicándolas á sí con la voluntad, para aprovecharse de ellas.

Descendiendo en esto mas en particular digo, que lo que habemos de sacar de la meditacion y oracion, ha de ser afectos y deseos santos, que se forman primero interiormente en el corazon, para que despues á su tiempo salgan en obra. El bienaventurado san Ambrosio dice (1) que el fin de la meditacion es la obra: *Meditationis præceptorum celestium intentio, vel finis, operatio est.* Aquellos santos y misteriosos animales que vió el profeta Ezequiel, entre otras condiciones, dice que tenian alas, y debajo de ellas manos de hombre: *Et manus hominis sub pennis eorum*, Ezech. 1: para darnos á entender, que el volar y discurrir con el entendimiento ha de ser para obrar; pues habemos de sacar de la oracion afectos y deseos de humildad, despreciándonos á nosotros mismos, y deseando ser despreciados de otros: deseos de pa-

(1) Ambrosius, Psalm. CXVIII, Octav. 6 super illud: Et meditabor in præceptis tuis.

decer penas y trabajos por amor de Dios, y holgarnos con los que de presente tenemos: afectos de la pobreza de espíritu, deseando que lo peor de casa sea para nosotros, y que aun en las cosas necesarias nos falte algo: dolor y contricion de los pecados, y propósitos firmes de antes reventar que pecar: agradecimiento de los beneficios recibidos, resignacion verdadera y entera en las manos de Dios; y finalmente deseo de imitar á Cristo Señor nuestro en todas las virtudes que resplandecen en él: y á esto se ha de enderezar y ordenar nuestra meditacion; y ese es el fruto que habemos de sacar de ella.

De aquí se sigue, que pues la meditacion y discurso del entendimiento le tomamos como medio para mover á la voluntad á estos afectos, y ese es el fin de todo este negocio, que tanto habemos de usar de la meditacion y discurso del entendimiento, cuanto fuere menester para esto y no mas; porque los medios se han de proporcionar y medir con su fin. Y así, en sintiendo aficionada y movida la voluntad con algun afecto de alguna virtud, como con dolor de pecados, de desprecio del mundo, amor de Dios, deseo de padecer por él, ú otro semejante; luego habemos de cortar el hilo del discurso del entendimiento, como quitan á los arcos ó puentes las cimbras de madera, y detenernos y hacer páusa en ese afecto y deseo de la voluntad, hasta satisfa-

cernos, y embeberle muy bien en nuestra alma. Este es un aviso muy importante, y nos le pone nuestro Padre en el libro de los Ejercicios espirituales, add. 4, donde dice, que en el punto que halláremos la devocion y sentimiento que deseamos, ahí paremos, y en eso nos detengamos, sin tener ansia de pasar á otra cosa hasta que quedemos satisfechos: así como el hortelano cuando riega una era, en comenzando á entrar el agua en ella, detiene el hilo de la corriente, y deja empapar y embeber el agua por las entrañas de la tierra seca, y hasta que está bien empapada y embebida no pasa adelante; así comenzando á entrar el agua del buen afecto y deseo en nuestra alma, que es como una tierra sin agua, como dice el Profeta: *Anima mea sicut terra sine aqua tibi*, Psalm. CXLII, habemos de detener la corriente del discurso del entendimiento, y estarnos gozando de ese riego y afecto de la voluntad, cuanto pudiéremos, hasta que se embeba y empape en el corazon, y quedemos bien satisfechos. El bienaventurado san Juan Crisóstomo trae otra comparacion muy buena para declarar esto. ¿No habeis visto, dice, cuando un corderillo va á buscar los pechos de su madre, que no hace sino dar una vuelta por aquí y otra por allí, y ahora toma la ubre y luego la deja; pero en comenzando á venir el golpe de la leche, luego para, y con sosiego está gozando de ella? Así es en la ora-

cion: antes que venga el rocío del cielo, anda el hombre discurriendo de aquí para allí; pero en viniendo aquel rocío celestial, luego habemos de parar y gozar de aquella suavidad y dulzura.

## CAPÍTULO XII.

*De cuánta importancia sea el detenernos en los actos y afectos de la voluntad.*

Es de tanta importancia el detenernos y hacer páusa en los actos y afectos de la voluntad, y estimarlo en tanto los Santos y los maestros de la vida espiritual, que dicen que en esto consiste la buena y perfecta oracion, y aun lo que llaman contemplacion, cuando ya el hombre no busca con la meditacion incentivos de amor, sino goza del amor hallado y deseado, y descansa en él como en el término de su inquisicion y deseo, diciendo con la esposa en los Cantares: *Inveni quem diligit anima mea: tenui eum, nec dimittam.* Cant. III. He hallado al que ama mi alma; le tengo, y no le dejaré: yes-to es lo que dice allí tambien la misma esposa: *Ego dormio, et cor meum vigilat.* Cant. V. Yo duermo, pero mi corazon está velando; porque en la perfecta oracion está como adormecido el entendimiento, porque ha dejado el discurso y especulacion, y la voluntad está velando y derritiéndose en amor de su es-

poso; y le agrada tanto al esposo este sueño en su esposa, que manda que se le guarden y no la despierten en él hasta que ella quiera: *Adjuro vos, filie Jerusalem, per carpreas, cervosque camporum, ne suscitatis, neque evigilare faciatis dilectam, donec ipsa velit.* Cant. III. De manera que la meditacion, y todas las demás partes que ponen de la oracion, se ordenan y enderezan á esta contemplacion, y son como unos escalones por donde habemos de subir á ella; así lo dice san Agustin en un libro que llama Escala del paraíso: *Lectio inquirat, meditatio inveniat, oratio postulat, contemplatio degustat:* La leccion busca, la meditacion halla, la oracion pide; pero la contemplacion gusta y goza de aquello que buscó, pidió y halló; y trae aquello del Evangelio: *Quærite, et invenietis: pulsate, et aperietur vobis.* Matth. VII. Buscad, y hallaréis: llamad, y os abrirán; y dice san Agustin: *Quærite legendum, invenietis meditandum: pulsate orandum, et aperietur vobis contemplandum:* Buscad leyendo, y hallaréis meditando; llamad orando, y os abrirán contemplando: y así advierten los Santos, y lo trae Alberto Magno (1), que esta es la diferencia que hay entre la contemplacion de los fieles católicos y de los filósofos gentiles, que la contemplacion de los filósofos toda se ordena á perfeccionar el en-

(1) Alb. Magn. lib. de adhaerendo Deo, cap. 9.

tendimiento con el conocimiento de las verdades conocidas; y así para en el entendimiento, porque ese es su fin, el saber y conocer más y más; pero la contemplacion de los católicos y de los Santos, de que ahora tratamos, no para en el entendimiento, sino pasa adelante á regalar y mover la voluntad, y á inflamarla y encenderla en el amor de Dios, conforme á aquello de la esposa: *Anima mea liquefacta est, ut locutus est.* Cant. V. Mi alma se derritió en hablando mi amado. Y notó esto muy bien santo Tomás (1) tratando de la contemplacion, y dice que aunque la contemplacion esencialmente consiste en el entendimiento, pero que su última perfeccion está en el amor y afecto de la voluntad; de manera que el intento y fin principal de nuestra contemplacion ha de ser el afecto de la voluntad y el amor de Dios.

De esta manera dice san Agustin (2) que nos enseñó á orar Cristo nuestro Señor en el Evangelio, cuando dijo: *Orantes autem nolite multum loqui.* Matth. VI. Cuando oráreis, no habléis mucho. Dice san Agustin: *Aliud est sermo multus, aliud diuturnus affectus; absit ab oratione multa locutio, sed non desit multa precatio:* Una cosa es hablar mucho, y discurrir y conceptuar mucho con el entendimiento; y otra cosa es detenernos mucho en

el amor y afectos de la voluntad: lo primero es lo que se ha de procurar excusar en la oracion, porque eso es hablar y hablar mucho. *Et negotium hoc plus gemitibus, quam sermonibus agitur:* Y este negocio de la oracion, dice el Santo, no es negocio de muchas palabras; no se negocia con Dios en la oracion con retóricas, ni con abundancia de discursos, y delicadezas de pensamientos y razones, sino con lágrimas y gemidos, y con suspiros y deseos del corazon, conforme á aquello del profeta Jeremías: *Neque taceat pupilla oculi tui.* Thren. II. No calle la niña de tu ojo. Pregunta san Gregorio sobre estas palabras: ¿Cómo dice el Profeta no calle la niña de tu ojo? ¿La lengua no es la que habla? ¿Cómo pueden hablar las niñas de los ojos? Responde el Santo: Cuando derramamos lágrimas delante de Dios, entonces se dice que las niñas de los ojos dan voces á Dios, como aunque no hablemos palabra con la lengua, podemos clamar á Dios con el corazon, como dice san Pablo á los de Galacia: *Misit Deus spiritum Filii sui in corda vestra clamantem Abba Pater;* y en el capítulo IV del Éxodo dijo Dios á Moisés: *Quid clamas ad me?* ¿Para qué clamas? Y no hablaba palabra, sino dentro de su corazon oraba con tanto fervor y eficacia, que le dice Dios: ¿Para qué me das voces? Pues de esa manera habemos nosotros de dar voces á Dios en la oracion con

(1) D. Thom. 2, 2, q. 180, art. 7.

(2) S. Augustin. lib. de orand. Deum, cap. 10, qui est epist. 121 ad Prob.

los ojos: *Neque taceat pupilla oculi tui*: con lágrimas y gemidos, y con suspiros y deseos del corazón.

## CAPÍTULO XIII.

*En que se satisface á la queja de los que dicen que no pueden ó no saben meditar ni discurrir con el entendimiento.*

Con esto queda respondido á una queja muy comun de algunos que se congojan, diciendo que no pueden ó no saben discurrir en la oracion; porque no se les ofrecen consideraciones con que dilatar y extender los puntos, sino que luego se les acaba la hebra. No hay que tener pena ninguna de eso; porque, como habemos dicho, este negocio de la oracion mas consiste en afectos y deseos de la voluntad que en discursos y especulaciones del entendimiento. Antes advierten aquí los maestros de la vida espiritual, que es menester tener cuenta que la meditacion de entendimiento no sea demasiada; porque eso suele impedir mucho la mocion y afecto de la voluntad, que es lo principal; y especialmente cuando uno se detiene en consideraciones sutiles y delicadas, se impide mas esto: y la razon es natural, porque claro está que si una fuente no tiene mas de un real de agua, y tiene muchos caños, que cuanto

mas corriere por uno, tanto menos correrá por el otro. Pues la virtud del alma es finita y limitada, y cuanto mas se derrama por el caño del entendimiento, tanto menos corre por el de la voluntad; y así vemos por experiencia, que si el alma está con devocion y sentimiento, y el entendimiento se desmanda con alguna especulacion ó curiosidad, luego se seca el corazón, y se apaga aquella devocion: es que se fué desaguando la fuente por el otro caño del entendimiento, y por eso quedó seco el de la voluntad; y así dice Gerson (1) que de aquí viene, que los que no son letrados, algunas veces, y muchas, son mas devotos y les va mejor en la oracion que á los letrados; porque se desaguan menos por el entendimiento, no ocupándose ni distrayéndose en especulaciones ni en curiosidades, sino procurando luego con consideraciones llanas y sencillas mover y aficionar la voluntad; y mas les mueven á ellos aquellas consideraciones humildes y case-ras, y mas efecto hacen en ellos que en otros las altas y delicadas, como lo vemos en aquel santo cocinero, de quien dijimos arriba, *trat. 3, c. 8*, que del fuego material que traía entre manos tomaba ocasion de acordarse del fuego eterno, y andaba con tanta devocion, que tenia don de lágrimas en sus ocupaciones.

(1) Gerson, part. 3 de monte contempl. Alph. 73, cap. 2 et seq.

Y débese notar mucho este punto: sea el afecto y el deseo muy alto y muy espiritual, y no se os dé nada que el pensamiento ó consideracion sea bajo y comun. Tenemos de esto hartos ejemplos en la sagrada Escritura, donde el Espíritu Santo con muy llanas y comunes comparaciones nos declara cosas muy altas y subidas. Sobre aquellas palabras del salmo LIV: *Quis dabit mihi pennas, sicut columbæ, et volabo, et requiescam?* ¿Quién me dará alas como de paloma, y volaré y descansaré? pregunta san Ambrosio en el sermón 70: ¿Por qué deseando el Profeta volar y subir á lo alto, pide alas de paloma, y no de otras aves, pues hay otras mas ligeras que la paloma? Y responde: Porque sabía muy bien que para volar á lo alto de la perfeccion, y para tener muy buena y alta oracion, mejores son las alas de paloma, esto es, los simples de corazón, que los agudos y delicados entendimientos, conforme á aquello del Sábio: *Cum simplicibus sermocinatio ejus*. Prov. III. Á los humildes y simples de corazón se comunica Dios.

De manera que no hay que tener pena, por no poder discurrir ni hallar consideraciones con que dilatar los puntos de la meditacion; antes dicen, y con mucha razon, que es mejor y mas dichosa suerte la de aquellos á quienes cierra Dios la vena de la demasiada especulacion, y abre la de la aficion, para que sosegado y quieto

el entendimiento, la voluntad descanse en solo Dios, empleándose toda en el amor y gozo del sumo Bien. Si Nuestro Señor os hace merced, que con una consideracion llana y sencilla, ó con solo considerar que Dios se hizo hombre, que nació en un pesebre, que se puso en una cruz por vos, os encendéis en amor de Dios, y en deseo de humillaros y mortificaros por su amor, y en eso os deteneis toda la hora; mejor y mas provechosa oracion es esa que si tuviérais muchos discursos y consideraciones muy altas y delicadas; porque os ocupáis y deteneis en lo mejor y mas sustancial de la oracion, y en lo que es el fin y fruto de ella. De donde se entenderá el engaño de algunos, que cuando no se les ofrecen consideraciones en que detenerse, les parece que no tienen buena oracion; y cuando hallan muchas consideraciones, les parece que la tienen buena.

En las crónicas de san Francisco se cuenta, que dijo una vez el santo Fr. Gil á san Buenaventura, que era ministro general de la Orden: Muchas gracias os dió el Señor á vosotros los letrados con que lo podáis servir y loar; mas nosotros, ignorantes é idiotas, que ninguna suficiencia tenemos, ¿qué podremos hacer para agradar á Dios? Respondió san Buenaventura: Si Nuestro Señor no diera otra gracia al hombre, sino que le pudiese amar, bastara esa para que le hiciera mayores servi-